LA CAJA N.6 (Noviembre/ Diciembre 1993)

George Steiner / Martin Heidegger y el nazismo

PUEDE LA TEOLOGÍA CONSTRUIR UNA TEORÍA CRÍTICA DE LA CULTURA? ES LA SALVACIÓN DEL ALMA UN TEMA SERIO EN NUESTROS DÍAS? PODEMOS RECURRIR A LA TRAGEDIA COMO GESTO ESPERANZADO? GEORGE STEINER APELA EN "REALES PRESENCIAS", SU ÚLTIMO LIBRO, A LOS MISTERIOS DEL CIELO A FIN DE IMPUGNAR LA CRÍTICA DE ARTE, LOS LENGUAJES COTIDIANOS Y LAS HERMENÉUTICAS AL USO. SI DIOS ES TODAVÍA UN FANTASMA QUE RECORRE NUESTRO VOCABULARIO, LA TENSIÓN ENTRE VIDA Y MUERTE, ENTRE ARTE Y TIEMPO, ENTRE LAS PALABRAS PRONUNCIADAS Y SU SIGNIFICATIVIDAD CONTINÚA ENTONCES IRRESUELTA. ERNESTO SCHÓÓ RELACIONA LA LUCHA DE STEINER POR RECOMPONER LA CIVILIZACIÓN DE LA PALABRA CON LAS FIGURAS DE KAFKA, PROUST Y JÜNGER. HÉCTOR SCHMUCLER ANALIZA LA INCOMODIDAD SUSCITADA POR EL PENSAMIENTO TRÁGICO CUANDO PROPONE PREGUNTAS SIN RESPUESTA POSIBLE. GERMÁN SUCAR CUESTIONA EL USO QUE STEINER HACE DE NIETZSCHE, SU PREDECESOR EN DIAGNOSTICAR EL MAL DE OCCIDENTE. INCLUIMOS UNA MEDITACIÓN DEL PROPIO STEINER SOBRE LA ACTUACIÓN POLÍTICA DE MARTIN HEIDEGGER.

La literatura sobre el involucramiento de Heidegger en el nazismo, aunque voluminosa, no logra formular con claridad las dos preguntas que deben hacerse. Qué relación existe, si existe alguna, entre la ontología esencial de **Ser y Tiempo** y este involucramiento? Qué explicación se puede dar, si hay alguna, del silencio público total de Heidegger (con una sola excepción, póstuma y totalmente irrelevante) después de 1945 en relación con el holocausto y con sus actitudes ante la política y la barbarie del Reich? Quizás no tenga sentido limitarse a lo "público", quizás sí; en los archivos puede haber declaraciones privadas, por ejemplo, en la correspondencia con Hannah Arendt. La lectura meticulosa de todos los documentos relevante resulta una tarea nauseabunda. Hasta donde es posible la reconstrucción, los hechos son los siguientes. En el mes de abril de 1933 se le impide al profesor von Möllendorf, un socialdemócrata, tomar posesión como rector de la Universidad de Freibürg. Este, apoyado por el profesorado, le pide a Heidegger que acepte el cargo. Su fama puede ayudar a la Universidad en tiempos tan ominosos. Heidegger no pertenece a ningún partido y no ha participado en ninguna actividad política. Duda en aceptar la proposición, pero finalmente lo convencen de hacerlo. Se elige a Heidegger rector, con solo un voto en contra, y toma posesión de su cargo el 21 de abril. Aceptar el cargo equivale a convertirse en funcionario del nuevo régimen, y por ello se une al Partido Nacional-Socialista en los primeros días de mayo. Al principio de su rectoría, Heidegger prohibe la distribución de panfletos antisemitas que hacen estudiantes nazis dentro del recinto universitario. Impide que se lleve a cabo una quema de libros "decadentes", "judíos" y "bolcheviques" que se realizaría enfrente de la Universidad, y evita que se limpie la biblioteca universitaria de libros "indeseables". Es más o menos en este momento que nos encontramos con uno de los puntos más célebres de todo el expediente: la supuesta autorización que dio Heidegger de prohibirle el uso de la biblioteca a su profesor y predecesor "no ario", Edmund Husserl. Hasta donde yo sé, dicha autorización nunca fue expedida. La razón de que ninguno de los dos se frecuentara ya en estos días ominosos y terribles era que, tanto personal como filosóficamente, sus caminos se habían separado. (Por supuesto, que Heidegger no haya hecho nada efectivo y público para ayudar a Husserl es un problema completamente diferente).

Al negarse a confirmar el despido de dos decanos antinazis de la Universidad, Wolf y von Möllendorf, Heidegger renuncia a la rectoría a fines de febrero de 1934. No hay que olvidar que Hitler no tendrá el poder absoluto sino hasta el 19 de agosto de 1934, después de la muerte de

Hindenburg. Al renunciar, o inmediatamente después, Heidegger abandona el partido. En ese momento, mercenarios nazis, como el profesor Ernst Krieck, acusan a Heidegger de ser un oscurantista cuya visión del mundo, a pesar de fugaces parecidos, es totalmente opuesta a la del Führer. Hay cierta razón para creer que los cursos de Heidegger, especialmente aquellos sobre Nietzsche, son vigilados desde el semestre de invierno de 1934-1935 en adelante. Una nueva edición de **Ser y Tiempo** aparece en 1942. La dedicatoria a Edmund Husserl ha desaparecido. Hasta donde yo sé, es el editor el que insiste en que ésta se omita, sin lo cual el libro no recibiría permiso de publicación. Todas las alusiones encomiosas a Husserl, incluso la famosa nota al pie de página 38, aparecen sin alteración alguna. En el verano de 1944, las autoridades de la Universidad declaran que Heidegger es "el profesor de cuyos servicios la Universidad puede prescindir con mayor facilidad". Como consecuencia de esto envían a Heidegger a realizar trabajos forzados durante una temporada en la construcción de murallas de defensa a orillas del Rin. Da su última clase el 8 de noviembre de 1944. Las fuerzas aliadas le prohiben a Heidegger enseñar. Dicha prohibición permanece en vigor desde 1945 hasta 1951. Los textos fundamentales de ese período son el discurso de Heidegger a sus colegas y estudiantes en ocasión del juramento de lealtad brindado al nuevo régimen en marzo de 1933; su discurso inaugural como rector sobre la "Autodeterminación de la universidad alemana"; su declaración en apoyo al referéndum del 12 de noviembre de 1933 convocado por Hitler para ratificar la salida de Alemania de la Liga de las Naciones; el discurso en memoria de la muerte de Albert Leo Schalageter, mártir nacionalista ejecutado por las tropas francesas que ocupaban el Ruhr, discurso que leyó el 1 de junio de 1933; el discurso sobre "El trabajo social y la universidad", del 20 de junio de 1933, y otro, íntimamente relacionado con éste, titulado *Ruf zum Arbeitsdienst* ("Llamado a los batallones del trabajo"), del 23 de enero de 1934. Otro testimonio más nos lo ofrece una fotografía del Rektor Heidegger rodeado de funcionarios nazis uniformados y de matones en una celebración de rechazo y venganza del día del Armisticio en 1933.

Cuando uno observa estos textos y las declaraciones más breves que se hicieron durante el rectorado de Heidegger, se desvanece toda duda; se trata de pura charlatanería repugnante, pomposa, irracional en la cual la jerga oficial del momento se encuentra mezclada sin posibilidad de distinción con el estilo de Heidegger en su versión más hipnótica. El *Volk* ha recobrado la verdad de su "voltuntad de ser", de su *Daseinswillen*. El genio de Adolfo Hitler ha logrado apartar a su pueblo de las idolatrías y corrupciones del "pensamiento desarraigado e impotente". Gracias a la revolución nacional-socialista los filósofos tendrán el poder, unidos de nuevo con el Volk en cuanto totalidad, de regresar con "dura claridad" (una pequeña muestra típica de la retórica ontológico-nazi) al problema del sentido de la existencia humana. El "privilegio supremo" de la comunidad académica consiste en servir a la voluntad nacional. Lo único que justifica el "llamado 'trabajo intelectual'" es que se integre a las necesidades y finalidades históricas, nacionales, de donde surgió. Para un estudiante universitario, pertenecer a los batallones de trabajo del nuevo Reich no significa abandonar o traicionar su vocación. Todo lo contrario, significa darle a esa vocación sus cimientos éticos y sociales, sin los cuales, como lo ha probado **Ser y Tiempo**, no puede haber un destino auténtico.

Rompiendo con el pasado, destruyendo la falsa hermandad de la Liga de las Naciones, entregándose uno mismo a la "custodia del Führer y de ese movimiento histórico-mundial" que él encarna, Alemania se vuelve el ejemplo, como ningún otro pueblo lo ha sido antes, de esa proyección del ser hacia el futuro que es el acto supremo de autenticidad. (Existe un parentesco natural entre este vocabulario y el de la tercera parte de **Ser y Tiempo**). Un plesbicito en favor de Hitler es "un voto para el futuro", un futuro que, por ser la herencia largamente esperada, el ser-pasado (*Erbe* y *Gewesenheit*) del pueblo alemán, es todavía más auténtico. "El Führer", proclama Heidegger en el

Freiburger Studenten Zeitung correspondiente al 3 de noviembre de 1933, “es la única encarnación presente y futura de la acción alemana y de su ley”. Oponérsele significaría traicionar al ser.

Sin embargo, hay que señalar que entre este crudo cinismo y servilismo aparecen ciertos dobleces, disfrazados pero persistentes. El discurso de cortesía sobre el juramento de lealtad habla de un sistema que se abstendrá del “régimen de poder”. La célebre *Rektorats-Rede* deja entender que la revolución a la que se rinde tributo es, o debe convertirse, en una revolución de carácter esencialmente espiritual más que político en el sentido común de la palabra. El ataque a la Liga de las Naciones habla de la necesidad de una concepción de la paz entre los pueblos mucho más profunda, la necesidad de tener presente que todas las naciones, no sólo Alemania, deben darse la grandeza y la verdad de su Bestimmung (su “determinación”, “su tarea a través de su vocación”). Vistos de cerca, muchos de los pasajes claves se diluyen en una curiosa vaguedad de quietismo que de alguna manera se encuentra lejos de la política.

La **Introducción a la metafísica** de Heidegger se remonta a la conferencia que dio en 1935. En 1953 Heidegger vuelve a publicar el libro. Y conserva la siguiente declaración:

“Las obras que actualmente se ofrecen por ahí como si fueran la filosofía del Nacional-Socialismo -pero que no tienen nada que ver con la profunda verdad y grandeza de este movimiento (especialmente la conjunción de la tecnología total y del hombre moderno)- las han escrito aquellos que se han aprovechado de las aguas revueltas de los “valores” y de las “totalidades”.”

Así pues queda reconfirmada la “profunda verdad y grandeza” del movimiento nazi. R. Minder ha demostrado que el estudio de Heidegger sobre Hebel, *Dichter in der Gessellschaft*, de 1966 (“El poeta en su sociedad”) está lleno de esa jerga nazi de *Blut und Boden* y de la sagrada misión del *Volk*. El 23 de septiembre de 1966, Martin Heidegger concedió una extensa entrevista a la revista *Der Spiegel* (lugar extrañamente banal) con la condición de que apareciera póstumamente. Se publicó el mes de junio de 1976; es una obra maestra de cortesía taimada de evasiones. Heidegger reconoce que, según él, en 1933 la única alternativa que tenía Alemania de sobrevivir era el nazismo.

Pero antes de juzgar incluso sus declaraciones más torpes de 1933-1934, debemos pensarlas “de cabo a rabo” en todas sus consecuencias. Cuando Heidegger hacía el llamado a las universidades alemanas para que se autorrenovaran bajo la égida del Partido, lo que se debe acentuar en ello no es esto último, sino las connotaciones ontológicas de “auto”. Los compromisos en la fraseología y en las actitudes públicas eran inevitables se si quería salvaguardar la educación superior. Por encima de sus lamentables diferencias personales, Heidegger seguía recurriendo a las doctrinas de Husserl en sus propias interpretaciones de la fenomenología. Las conferencias sobre Hölderlin de 1934-1935, el seminario sobre Nietzsche de 1936, “vigilado por soplones oficiales”, deberían considerarse, en última instancia, como una contradeclaración en clave del nazismo, así como una confrontación polémica con éste (*eine Auseinandersetzung*). Lo que los recatados entrevistadores no preguntaron fue: existe en alguna parte de la obra de Heidegger un repudio del nazismo; existe en alguna parte desde 1945 hasta su muerte, por lo menos una sílaba sobre los hechos reales, sobre las implicaciones filosóficas del mundo de Auschwitz? Estas son las preguntas que realmente importan. Y la respuesta tendría que ser: no.

Mi interpretación de la evidencia es la siguiente. Como millones de alemanes, hombre y mujeres; y como muchos pensadores eminentes fuera de Alemania, Heidegger se dejó atrapar por el hipnotismo de la promesa nacional-socialista. La consideró la única esperanza de un país hundido en el desastre económico y social. Además, el nazismo al que Heidegger se unió no había desenmascarado

todavía su intrínseca barbarie. El engaño y la presunción de Heidegger, tan típicas de los académicos, consistieron en creer que podía influir en la ideología nazi, en que podía hacer que su doctrina de la futuridad existencial afectara el programa hitleriano al tiempo que preservara el prestigio y la relativa autonomía de las instituciones académicas. Era un necio error. Pero si algo nos revela la foto a la que hice alusión antes es que Heidegger, para noviembre de 1933, ya no se sentía nada bien entre sus colegas nazis. Su participación oficial en el movimiento duró sólo nueve meses y renunció -vale la pena insistir- antes de que Hitler tuviera todo el poder. Muchos intelectuales notables hicieron peores cosas.

Pero lo que denuncia abiertamente a Heidegger es el torrente de artículos y discursos de 1933-1934. En ellos Heidegger excede tan burdamente las imposiciones oficiales, y ya no digamos los refrendos provisionales. La evidencia es, creo, incontrovertible: *había* una relación real entre el lenguaje y la versión de **Ser y Tiempo** en particular de sus últimas secciones, y los del nazismo. Quienes nieguen esto o son ciegos o son embusteros.

Ambos discursos presuponen, al mismo tiempo que aceptan de inmediato y se dejan hipnotizar por ella -como sucede en gran parte del pensamiento alemán desde Nietzsche y Spengler- la existencia de un apocalipsis inminente, una crisis tan profunda en todos los aspectos de la vida humana que las normas de moralidad personal y social deben ser, o serán inevitablemente, eliminadas. En el pseudomesianismo de Hitler se confirman algunas de las ideas más nebulosas pero profundamente arraigadas en Heidegger. Tanto en el nazismo como en la antropología ontológica de **Ser y Tiempo** se acentúa lo concreto de la función del hombre en el mundo, la santidad original de la mano y del cuerpo. Ambos exaltan el parentesco místico entre el trabajador y sus herramientas que se da con una inocencia existencial que no deben manchar las pretensiones e ilusiones del intelecto abstracto. Con este énfasis aparece íntimamente relacionado el acento que se pone en el arraigo, en la intimidad que un ser humano auténtico establece entre la sangre y la remembranza, y su tierra natal. La retórica heideggeriana de “hospitalidad” del continuo orgánico que une a los seres vivientes con sus difuntos enterrados en las cercanías, encaja perfectamente en el culto nazi a la “sangre” y la tierra”. De la misma manera, las denuncias hitlerianas de “los cosmopolitas desarraigados”, de la escoria urbana y de la *intelligentsia* sin raíces que vive como parásita en la superficie frívola de la sociedad, armoniza din dificultad con la crítica heideggeriana del “uno”, de la modernidad tecnológica, del tráfago de lo inauténtico.

El “estado de resuelto” (*Entschlessenheit*) de Heidegger tiene más de una resonancia en la mística de compromiso, de autosacrificio y de impulso autoproyectante predicada por el Führer y por su “duramente claros” acólitos. Ambos representan esa exaltación del destino personal en una vocación nacional y étnica que se analiza en **Ser y Tiempo**. En ambos existe, de manera lógica y esencial, una exaltación de la muerte en cuanto cima y realización deliberadas de la vida. En este caso también, ambos discursos comparten una herencia hegeliana y nietzscheana. Si, como Heidegger alega, la historia,, en el sentido tradicional, críticamente evaluado, no tiene sentido, entonces esa carencia de sentido debe hacerse evidente y debe revelarse su ineficacia. En la reelaboración hitleriana del pasado histórico, en el destino alemán, Heidegger podía encontrar una confirmación de su propio antihistoricismo, más técnico, más esotérico.

Pero sobre todo, tenemos el estilo de Ser y Tiempo y el de la jerga nacional-socialista. Ambos, aunque en diferente nivel se aprovechan de la capacidad que tiene el alemán de expresar una oscuridad muy sugerente, su habilidad para darle a las abstracciones (muchas veces, meramente huecas o a medio-hacer) una consistencia e intensidad físicas. Existe en la especulación de

Heidegger, por sí misma metafórica e hipnótica, de que no es el hombre el que habla ahí donde el lenguaje es totalmente efectivo, sino “el lenguaje mismo a través del hombre”, una ominosa figuración del tipo de inspiración hitleriana, del uso que hicieron los nazis de la voz humana como si fuera una trompeta tocada por potencias divinas, que la insignificante voluntad o juicio del hombre racional no podía alcanzar. Este tema de la deshumanización es un tema fundamental. El nazismo se le parece a Heidegger en el momento preciso en que su pensamiento comienza a desplazar al ser humano del centro del sentido y del ser. El estilo de lo puramente ontológico se confunde con el de lo inhumano.

Por nauseabundas que sean, las actitudes y declaraciones de Heidegger durante los años 1933-1934 no dejan de ser tolerables; lo que resulta intolerable es el silencio total que guardó, de 1945 en adelante, sobre el hitlerismo y el holocausto.

En la mitad del siglo veinte, todas las corrientes serias de pensamiento, libertarias o conservadoras, seculares o teológicas, sociales o psicológicas, han tratado de entender los fenómenos del genocidio y de los campos de concentración,, como la súbita irrupción en el calendario humano de las temporadas del infierno. El postulado de que Auschwitz y Belsen representan un punto cero en la condición y en la definición del hombre son ahora ya una trivialidad. Para un filósofo, para un testigo alemán, para un ser humano pensante, con sentimientos, que ha participado, aunque sea en parte, en algunos acontecimientos relevantes, no decir absolutamente nada equivale a hacerse cómplice. Porque, en efecto, nos hacemos cómplices de todo aquello que nos deja indiferentes. Existe, entonces, algo que explique, que justifique el silencio total que guardó alguien cuyas últimas obras, según Martin Buber, “pertenecen seguramente a la posteridad”?

No nos queda sino conjeturar. Las acusaciones de antisemitismo resultan, en relación a la magnitud del caso, banales; pero además son, creo, falsas. No he podido encontrar ni sentimientos ni expresiones antisemitas en la obra de Heidegger, ni siquiera en las de naturaleza pública y política: hecho que, para comenzar, lo distingue de la corriente principal del nazismo. Si Heidegger fue, en ciertos aspectos evidentes, un gran hombre, un maestro cuya actividad filosófico-lingüística sobresale en diferentes campos de la especulación contemporánea; fue también, al mismo tiempo, un hombre pequeño. Vivió rodeado de un grupito de adoradores y, sobre todo en los últimos años, detrás de murallas de adulación. Sus salidas al mundo fueron raras y cuidadosamente preparadas. Puede ser que no tuviera el valor ni la generosidad necesarios para enfrentar su pasado político, y el problema de la barbarie adoptada por Alemania. Aunque empeñado en la destrucción de la metafísica, aunque comprometido con una concepción del pensamiento radical y antiacadémica, Heidegger fue al mismo tiempo un alemán *ordinarius*, el ocupante vitalicio de una cátedra renombrada, incapaz, emocional o intelectualmente, de enfrentarse, de “pensar de cabo a rabo”, como él diría, el complaciente colapso de las instituciones académicas y culturales alemanas ante el reto nazi.

Más aún, cuando uno examina la carrera de Heidegger, con su maravillosa economía de movimientos y su capacidad de crear leyendas (en ese punto, existen puntos de contacto bastante claros entre su carrera y la de Wittgenstein), aparece una característica que se destaca contundentemente: la astucia, “la sagacidad campesina”. La boca apretada y los ojos diminutos que parecen escrutar al interlocutor desde una herencia milenaria de hábil reticencia.

En vista de los hechos y de su propia participación en ellos, Heidegger quizás intuyó que negarse a decir cualquier cosa -incluso, especialmente, cuando pontificaba sobre la política

mundial y sobre el materialismo norteamericano-soviético- seria, con mucho gusto, la posición más efectiva. A lo que habría que agregar, para ser justos, la posibilidad de que las enormes proporciones del desastre y de sus implicancias para la continuidad del espíritu occidental le hayan parecido a Heidegger, como les sucedió a otros escritores y pensadores, excesivas para poder comentarlas racionalmente. Pero por lo menos pudo haber dicho *esto*, y el interés que puso en la poesía del Celan muestra que estaba perfectamente consciente de esta alternativa.

Valdría la pena poner a prueba otra hipótesis. El involucramiento de Heidegger con Alemania y con la lengua alemana, en lo que él consideraba que es una afinidad singular con el ocaso del ser y del discurso humanos en la Grecia arcaica, es absolutamente determinante. Rige su vida y su obra. La primacía de Alemania precisamente en esas disciplinas que quizás sean las de mayor trascendencia en el hombre, es decir, la filosofía y la música, es un tema constante en el pensamiento y la conciencia alemanas. De Bach a Webern, de Kant a Heidegger y Wittgenstein, es en el ámbito alemán que el genio del hombre parece llegar a la cúspide y medir las mayores profundidades. Dado este *Geschick*, esta "singularidad predestinada", podría ser comprensible que sea del mundo alemán que surja también la extrema inhumanidad, los experimentos mortales del hombre con su propia potencialidad para la destrucción. Quizás haya una perspectiva que (aunque resistente a la explicación analítica o pragmática no deja de ser irritante) en el cual la posibilidad de un Bach y de un Beethoven, de un Kant y de un Goethe implique -como implica sin duda la de un Wagner y un Nietzsche- el riesgo de catástrofe. Encarnando al "hombre y al superhombre" o el fenómeno de la identidad humana en todo el espectro de sus extremos dialécticos, Alemania y la historia alemana tendrían la "mitencia" de la autodestrucción, de la negación (abstracciones que Hegel y Heidegger habían expresado con términos enérgicos). Hacer una crítica de esta vocación "desde abajo", intentar abarcarla con los límites del sentido común y de la moralidad sería totalmente inútil. Sería una banalización del trágico pero ejemplar *Dasein*.

Fue quizás en estos términos (que no carecen totalmente de fundamento real) que Heidegger pensó cuando decidió quedarse callado. Quizás la astucia forme parte de la ontología fundamental. No lo sé. Lo que queda es el frío silencio y las abyectas evasivas delos seguidores de Heidegger (entre los cuales, verosímilmente, no destaca ningún judío). Lo que queda, asimismo, es el problema de cómo este silencio, que Celan parece tratar en su enigmático poema "Todnauberg", se puede conciliar con la humanidad lírica de los últimos escritos de Heidegger.

- Este texto es el fragmento final del segundo capítulo de su libro **Heidegger**, publicado por la editorial Fondo de Cultura Económica en 1983. Otras obras previas de Steiner son **Antígonas. Para una poética de la lectura**, **Después de Babel**, **En el castillo de Barba Azul** y **La muerte de la tragedia**.